

## IV

## Informaciones de prensa

## EL BARRIO DEL SABULAR

La barriada que en tiempos califales era denominada El Sabular está muy citada en las crónicas de aquellos tiempos.

Por ella se iba hacia Medina Záhira, la ciudad luminosa fundada por Almanzor para eclipsar a Medina Azahara y se contaba entre los arrabales populares de Córdoba.

El nombre Sabular es de raíz latina y viene a significar el arenal, lo mismo que la palabra árabe Rambla derivada de remel, arena. De los dos modos se citaba ese barrio en los tiempos islamitas de nuestra ciudad.

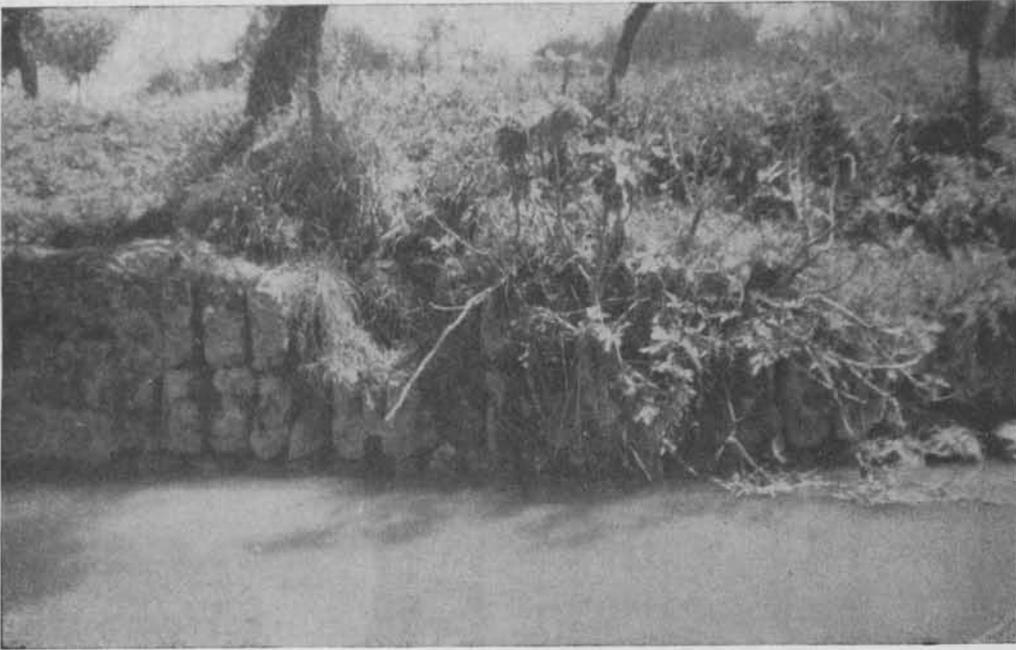
Donde estuviera el Sabular, camino de Medina Záhira, era cosa todavía no averiguada, y depende del hallazgo de las ruinas de aquella ciudad principesca que fundara el modesto abogado llamado Mohamed ben Abiámir, quien desde un humilde despacho a las puertas del Alcázar llegó a ser primer ministro, dictador, suplantador del Califa Hixem II y terror de la cristiandad de su tiempo.

Pero como muchos creen que todo eso caía al Oriente de Córdoba, cuando unos amigos han venido a decirnos que en los trabajos de urbanización del Polígono de la Fuensanta estama saliendo cerámica musulmana y otros vestigios contemporáneos, hemos ido una de estas tardes, con otros amigos arabistas a comprobar lo que hubiere.

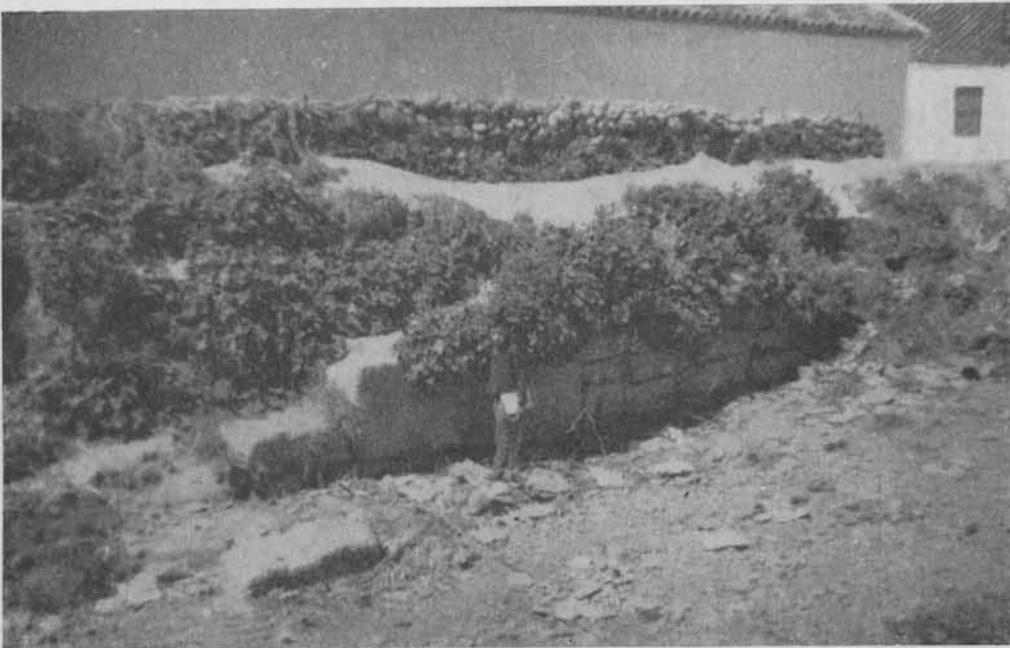
En las grandes zanjas que todavía hay abiertas para canalización de servicios, y sobre todo en las hondas graveras que se han abierto para beneficiar el material con el que se construyen hermosas avenidas, aparece por doquier, y en toda la zona urbanizable, vestigios de población, o sea todo aquello estuvo habitado y construido en otros tiempos.

Estos fueron los tiempos de Almanzor, sin duda. Los denuncian los sillares pequeños que aparecen, aunque sin abundancia, denotando construcciones pobres, alguna losa vinosa y quicialera, pozos negros cegados luego por una capa de lima de casi una vara, señal de sucesivas riadas del Guadalquivir, y sobre todo la cerámica.

Los tiestos, que son documentos muy fehacientes para la arqueología, son también pocos, pero característicos del Califato avanzado. Del



Aparejo de sillares de arranque de puente



Restos de construcción de grandes sillares

interior de un brocal de pozo sacamos cacharros rotos abundantes. La mayoría son de aquel barniz melado con dibujos negros de que estaba hecha la cerámica usual.

Pero también hemos sacado unos trozos de plato blanco con dibujos verdes, que era la cerámica rica, la más típica de Medina Azahara, cuyo perfil acusa un moldeado diferente de lo plenamente califal, porque se agudizan los perfiles y el fondo es tronco cónico anunciando ya los platos de la baja Edad Media.

No hemos perdido el paseo que esa tarde hemos hecho en compañía de don Manuel Ocaña y don Manuel Salcines. Hasta hemos vuelto con ese botín arqueológico de cacharros rotos de época almanzoreña, que hemos depositado en la Comisión de Monumentos.

Acaso el Polígono de la Fuensanta esté emplazado sobre la barriada califal del Sabular. Si más allá se encontraron las ruinas de Medina Záhira, valdría la pena resucitar el nombre del barrio o por lo menos dárselo a una de sus principales calles.—R. C.

(“Córdoba”, 7 marzo 1963)

## EL PAGO DE TEJAVANA

Cuando hace pocos días recorriamos unos amigos, una vez más, el pago de huertas que limitan, al oriente de Córdoba, los arroyos de Pedroches y de Rabanales, cuya zona llamaron enfáticamente los árabes en sus descripciones du-l-naharain, que quiere decir entre dos ríos, íbamos en busca de los restos de Medina Záhira.

La ciudad cortesana que fundó el poderoso regente Almanzor, émula de Medina Azahara, donde se sucedieron tantos actos de gobierno para toda la Península, y de donde se fraguaron tan bellísimas leyendas, no ha dejado apenas ni pavesas de su esplendoroso poderío.

Tras la revolución y guerra civil que sucedió al Califato, que dejó en ruina material y espiritual la propia Córdoba, aquella imperial creación sufrió la saña política y populachera a tal extremo que nos ha costado mucho trabajo y paciencia hallar su rastro sobre la tierra.

Medina Záhira fué tan destruida que unos meses después se labraba como terreno agrícola gran parte de su extensión. Los fabulosos palacios, las albercas, los almacenes y cuarteles, el recinto amurallado, todo fué destruido y pulverizado sin dejar apenas vestigio.

Dudaríamos de la existencia de Medina Záhira si no quedaran libras y descripciones de la época y sobre todo columnas y capiteles, pilas



Puente del camino de Burriçiegos por un costado



Otro costado del puente del camino de Burriçiegos

de mármol, arquetas de marfil, hasta el pie de la copa del Santo Grial que hoy guarda la catedral de Valencia, con el nombre de la creación almanzoreña inscrito en nobles materiales.

Llegamos casi al milenario de la creación de Medina Záhira, que apenas vivió un cuarto de siglo. Alguna voluta de capitel de mármol, escasos trozos de cerámicas califales, sillarejos calizos que los campesinos apartan para mejor laboreo, y que utilizan para sus construcciones rurales, es todo lo que se recoge sobre el terreno.

Pero en los cortes algo profundos, de medio metro a una vara de profundidad, hay en toda esa zona un lecho de tejas rotas, por el cual, nos decía un campesino avisado, todo aquel pago le llaman de Tejavana.

Se conoce, nos explicaba el rústico, que todos estos barrios de moros estuvieron muy poblados, pero de casas pobres, porque solo se encuentran tejas. Coincide esta opinión con la del sabio hispanista Mr. Terrasse, actual director de la Casa Velázquez, en Madrid, quien en su comunicación científica al centenario de Aben Házam, que celebramos en Córdoba hace dos años, decía que Medina Záhira, por fuerza, debió ser deleznable, hecha a la ligera, incluso sus murallas de tapial terroso, porque no se explica de otra manera que pasara tan rápidamente sin dejar apenas rastro. Coincidían el campesino y el sabio.

Recordábamos esto hace pocas tardes desde Medina Azahara, en un ocaso fresco y de maravillosos telones rojos tras el castillo de Almodóvar. Y comparábamos la recia fortaleza pétrea con que fué construida Medina Azahara, recordando todavía los edificios romanos, con la fugaz delicadeza de Medina Záhira, hecha medio siglo después anunciando los frágiles entramados de la Alhambra granadina.

Y el recuerdo fué mayor cuando llegó la noche y se encendieron en la campiña las luciérnagas de los algodones, y desde Córdoba hasta Almodóvar todo el campo titilaba de millones de luces azuladoverdosas. Porque los historiadores árabes dicen que desde Medina Záhira a Medina Azahara, pasando por Córdoba, en un trayecto de más de diez millas, que sobrepasan quince kilómetros, las luces de la ciudad y sus avenidas fulguraban en la noche en un espectáculo inenarrable y único.

R. C.

## RABANALES Y SUS ALREDEDORES

Hace muchos años me escribió desde París el ilustre arabista Levi Provençal, preguntándome si en los alrededores de Córdoba habría algún lugar que respondiera al nombre enigmático para él, de Rbnls. Ase-

guraba que aunque la palabra la había encontrado en una historia de los árabes de España que estaba traduciendo, podía asegurar que no era vocable genuinamente árabe.

En esa especie de fuga de vocales con que escriben los árabes, la rara palabra no era difícil de leer para un cordobés. Se trataba de Rabanales, que tuvo ese nombre latino desde tiempo de los romanos, lo guardó durante toda la dominación musulmana hasta nuestros días.

En Rabanales tuvo su campamento militar el gran Almanzor. Hasta su tiempo, el campamento militar de los califas, el Fahs al-Surádik o campamento de las tiendas reales estuvo en los llanos del Marrubial, más cercano al río, para poder abreviar los caballos con facilidad.

Pero habiendo construido Almanzor su Medina Záhira, rival de Medina Azahara, entre el arroyo de Pedroches y el de Rabanales, al oriente de Córdoba, y habiéndose poblado densamente los terrenos del Arenal (la Ramla) y el llamado hoy polígono de la Fuensanta (el Sabular), tuvo que subir más arriba el campamento donde se concentraban los contingentes militares de toda Andalucía para salir a campaña.

Además, desde las torres de muralla de Medina Záhira, Almanzor veía y vigilaba el campamento de Rabanales. Debió tener mezquita, tal vez donde hoy la casa de la finca, por lo menos un oratorio o mosala, y el cementerio del campamento estaba en el cerrete de ángulo al camino de la Alcaldía, donde hoy se explotan graveras que han dado muchas tumbas de moros.

Hace pocos días hemos dado un paseo arqueológico por esos lugares, el equipo que exploramos los alrededores de Córdoba. Nos intriga especialmente la gran construcción del Centro de Formación Profesional Acelerada que se levanta a la derecha de la carretera general de Córdoba a Madrid.

Inmediato a la carretera hemos recogido escasa cerámica basta de tiempos árabes y tejoletes. Debió haber construcciones pobres por ese lugar. Adentrándose hacia mediodía no hay nada en la tierra virgen. Medina Záhira con sus murallas está todavía más abajo, en el pago de Valdetejas.

Por aquí debió estar la venta que una bruja señaló como futuro lugar de realeza en Córdoba, comprado primero por el Califa Alháquem para deshacer la previsión, pero después aprovechado por el gran dictador Almanzor para levantar su mansión y fortaleza. Kan mectúb, estaba escrito, como dicen los moros.—R. C.

(“Córdoba”, 10 julio 1964)